

Son fortalezas los templos
 Y son cuarteles las plazas:
 Los beatos limpian fusiles
 Y hacen cartuchos las beatas,
 Pues Dios es ántes que todo,
 Y ántes que todo es el alma.
 Los que matan insurgentes
 Es cual de fe, que se salvan:
 El que perece en la lucha
 Tiene de mártir la palma.
 Ya el clarin en roncós ecos
 Terror y muerte proclama;
 Los fosos abren sus fauces
 Y sus brazos las murallas.
 Pero ¿qué quiere ese grupo
 De figuras tan extrañas?
 Era de Dios la falange,
 Era la *Santa Cruzada*:
 Los frailes de los conventos,
 De charretêras y espadas,
 Con espuelas los calzados,
 Remangadas las mortajas,
 En rocinantes inquietos
 De la más risible traza;
 Los clérigos, cómo pueden
 Acomodan sus sotanas,
 Y curas y sacristanês
 Y demas broza eclesiástica,

Recitando el *Miserere*
 Cierran la curiosa marcha.
 Se alza en medio la bandera
 Como una extendida sábana,
 Con su cruz roja en el centro
 Que ocupa más de tres varas.
 En vez de al clarin, tal tropa
 Obedece á la campana,
 Y acurrucado en un rucio
 Mal acometido de asma,
 Como general augusto
 Marcha el Obispo Cabañas,
 Con su sombrero morado,
 De raso verde la falda;
 Y como su vieja mano
 No puedé blandir la espada,
 Marcha echando bendiciones,
 Y toda la grey cristiana,
 Con lágrimas en los ojos,
 Se arrodilla cuando pasa,
 Y jura rencor á Hidalgo,
 Que es de Satanás estampa,
 Y á los herejes que siguen
 Sus sacrílegas pisadas.

ROMANCE DE JOSÉ ANTONIO TORRES.

I

En los campos de la Barca
Como sol está brillando
La Virgen de Guadalupe
En la bandera de Hidalgo,
Que Torres, don José Antonio,
Con esfuerzo ha levantado,
Pagando con su dinero
Sus armas y sus soldados.
Érase don José Antonio
Labrador recto y honrado,
Con una alma muy más limpia
Que de nieve copo blanco;
Tan noble como valiente,
Tan fino como esforzado,
Dulce con los infelices,
Con los vencidos humano,

Con el enemigo noble,
 Franca bolsa, fino trato,
 Sin ponzoña sus palabras
 Y su mirar sin engaño.
 No era dechado de grandes
 En el molde cortesano;
 Pero era del caballero
 El modelo y el dechado.
 Este Torres, levantaba
 El estandarte de Hidalgo
 En los dominios de Abarca
 Y de la Barca en los campos.
 El intendente, iracundo
 Por tan feroz desacato,
 Para anonadar á Torres
 Destina al oidor Recacho,
 Que deja á Guadalajara
 Escarmientos augurando.
 Ya se avistaron las fuerzas:
 Torres, ordenado y cauto,
 Espera, envuelve y destroza,
 Incontenible, á Recacho,
 Que aturdidò y sin sombrero,
 Sin armas y sin caballo,
 No encontrando otro refugio
 Contra el esfuerzo contrario,
 Acógese al señor Cura
 Que sale del templo santo

Con la frente descubierta
 Y la custodia en las manos.
 Los soldados se arrodillan,
 El arma rinden con garbo,
 Y le tributan honores
 Al Señor Sacramentado:
 Mientras, se ase del vestido
 Del señor Cura, Recacho,
 Y así en un coche se instalan
 Que marcha entre los soldados,
 Y entran en Guadalajara
 Su victoria proclamando.
 Torres marcha circunspecto;
 Como un cadáver Recacho,
 Oculto tras la custodia
 Su semblante demudado.

II

Apénas Guadalajara
 Sabe la triste derrota,
 Que la noticia dispersa,
 Como huracan á las moscas,
 Los finchados mandarines
 Y la Cruzada famosa.
 Don Roque Abarca se oculta
 Y ni la nariz asoma;

Para San Blas el Obispo
 Despavorido galopa,
 Con una gran caravana
 Que se espanta de su sombra;
 Pero que al paso recoge
 Lo que el erario atesora.
 Torres enfrena la plebe,
 Torres los odios embota:
 No hay una mancha de sangre,
 Y no hay de llanto una gota.
 Al malvado se reprime,
 La opinion no se extorsiona,
 Brilla la santa justicia
 De libertad con la pompa,
 Y se sienten orgullosos
 De su triunfo los patriotas.
 Tú eres, Torres, quien escribes
 Esta página de gloria,
 Hijo rudo de los campos,
 Alma noble y generosa
 De quien México no ensalza
 Tal cual debe la memoria.

ROMANCE DE HIDALGO EN GUADALAJARA

Y REUNION CON ALLENDE.

Resueltas, briosas, alegres,
 Como en animada fiesta,
 Las tropas del Cura Hidalgo
 De Valladolid se alejan,
 Adonde entraron dolientes
 Porque fué la suerte adversa
 En la campaña de Aculco,
 Cuyas heridas no cierran
 Y aquella Guadalajara
 Gala y flor de nuestra tierra,
 Que por lo lindo enamora
 Y por lo grande recrea;
 Hurí que juega entre flores,
 Airosa y gentil gacela,
 Esbelto y gallardo almendro
 Que olorosas flores riega

En los diáfanos cristales
 Que en torno á su planta juegan,
 Brilla de íntimo alborozo,
 Porque al caudillo celebra
 Que de libertad del pueblo
 Proclamó la buena nueva.
 Perfuma el aire el contento,
 La ciudad está de fiesta,
 Y entre vítores y cantos
 Y expansiones que deleitan,
 Al Palacio con los suyos
 El Grande Hidalgo penetra,
 Y á organizar un Gobierno
 Dedícase con presteza.
 Chico, y Rayon don Ignacio,
 Ambos versados en letras,
 Cual sus secretarios fungen
 Y le instruyen y aconsejan.
 Improvísase armamento,
 Se centuplican las fuerzas,
 Prepotentes se disponen
 El órden y la defensa,
 Disipándose las sombras
 Que aun tiene la independenciam,
 El retrato de Fernando
 De Palacio se destierra;
 A hablar se empieza de patria
 Y su voluntad suprema.

Inundan á aquellas masas
 Los fulgores de la imprenta,
 Y el gran doctor Maldonado,
 De preclara inteligencia,
 Aunque el hielo de los años
 Cubre su hermosa cabeza,
 Y aunque la luz de sus ojos
 Se perdió en hondas tinieblas,
 Con su pluma esplendorosa
 A los esclavos despierta,
 Y los derechos del hombre
 Vindica con su elocuencia.
 Irritados los serviles
 Tramaron traiciones negras,
 É Hidalgo aplica el cauterio
 A esos males, con firmeza;
 Que la salvacion del pueblo,
 Aunque gima la clemencia,
 En los momentos supremos
 Debe ser la ley suprema.
 Allende, que desabrido
 Con Iriarte en Zacatecas,
 Sabe que á Hidalgo amenaza
 Incontenible, Calleja,
 Vuela á luchar á su lado
 Y á Guadalajara llega
 Hidalgo sale á su encuentro
 Y honores mil le dispensa,

Estréchale entre sus brazos
 Cuando ya le tuvo cerca,
 Y le dijo: "Don Ignacio,
 " Venid muy en hora buena,
 " Que un ejército nos vale
 " El valer de vuestra diestra;
 " Venid, que os hace más jóven .
 " El calor de la pelea,
 " Y tienen sed los valientes
 " De estar en vuestra presencia."
 Los señores de Palacio
 Le hacen sendas reverencias;
 Le tienden finos las manos
 Los que sirven á la Iglesia,
 Y en su marcha le custodian,
 Con chupin y de coleta,
 Los venerandos oidores
 De la aristócrata Audiencia.

ROMANCE DE LA BATALLA DE CALDERON.

Encorvado el triste Enero
 De mil ochocientos once,
 Llegó con su barba cana
 A la Historia dando voces,
 Para que sus altos hechos
 Grabe en duraderos bronce,
 Y le dijo: "Hay un gran rio
 Que á Guadalajara corre
 Entre accidentadas lomas,
 Quiebras y peñas enormes;
 Ancho puente le atraviesa
 Que marcan macizos postes
 De la extendida llanura
 Hasta del rio en el borde,
 Y de allí pasa el camino,
 Que se extiende ó se recoge,

Segun que corta las lomas
 O en ellas audaz se impone.
 En la altura de las *Ánimas*
 Mira el sol la masa enorme
 Del ejército de Hidalgo
 Y sus compactas legiones;
 Al frente, como un remedo
 Del plan, y cálculo y orden,
 Pero despues, á millares
 Los caballos y los hombres,
 Y nadando en ese océano
 Carros de parque y cañones.
 Hay de la chusma algazara,
 Del mando vuelan los toques
 Perdiéndose en el tumulto
 Como que nadie los oye
 La derrota ya presagian
 Los que la guerra conocen,
 Pero "la lucha es un triunfo,"
 Dicen otros campeones.
 En la multitud descuellan,
 En sus corceles veloces,
 Abasolo el indomable,
 El firme y sereno Torres,
 El rayo de Marte, Allende,
 Aldama, brazo de bronce.
 Hidalgo está en la reserva,
 Y á su derredor agólpanse

En bandadas los flecheros,
 Ginetes en pelotones,
 Hombres con cabos de lanza,
 Con pistolas y garrotes
 Y hondas de heridoras piedras,
 Garfios, espadas y estoques.
 Todos blandiendo sus armas,
 Todos salvajes, feroces,
 Obrando como enemigos
 Al propagar el desorden.
 Calleja está en la llanura
 Con diez soberbios cañones,
 Con obedientes soldados
 Que la campaña conocen
 Y con un Miguel Empáran
 Que los maneja y dispone.
 Otra columna encomienda,
 Con orden que todo arrolle,
 Al Conde de la Cadena,
 Que es bueno entre los mejores,
 Y que hace de sus soldados,
 Con brioso ejemplo, leones.
 Y Calleja se reserva,
 Ambicioso de gran nombre,
 El centro, con la certeza
 De que el triunfo le corone.
 La lid se traba; en torrentes
 Balas vomitan los bronces;

Flon acomete esforzado
 Y el flanco ataca de Torres;
 Mas como fieras de infierno
 Le rechazaron, y entónces
 Allí hubiera sucumbido,
 Mas Villamil le socorre.
 Entretanto, de Abasolo
 La columna desbordóse,
 Entre el plomo y la metralla,
 Entre sangre y entre horrores;
 Y al río tiñe la sangre
 Que desde las lomas corre.
 Abasolo, cual torrente,
 Ya arrebató sus cañones;
 Pero Empáran con los suyos
 En tropel precipitóse,
 Y entónces, de la reserva
 De Hidalgo viendo el desórden,
 Calleja embiste atrevido,
 Y hacen los muertos montones.
 De pronto, con el estruendo
 Aquel campo estremecióse
 El parque voló de Hidalgo,
 Al llano las llamas corren,
 Saltan en un mar de fuego,
 Entre humo y horror los hombres,
 Y las chusmas se desbandan
 Y dando alaridos corren.

Hidalgo, Allende, Abasolo
 Y Aldama, cual fuertes robles
 Que al bravo huracan resisten,
 A la derrota se oponen,
 Y sólo desaparecieron
 Cuando, rotas sus legiones,
 De combatir la esperanza
 Como el humo disipóse
 "¡Viva el Rey!" los de Calleja
 Claman en gritos feroces,
 Mas les impone silencio
 Un cadáver que allí vióse,
 Y parece que desmiente
 Los lauros y los honores.
 Es Flon, honra de los bravos,
 De la Cadena es el Conde.
 La sangre de sus heridas
 Negra se cuaja y no corre;
 Murió luchando valiente;
 Dios piadoso le perdone.

ROMANCE DE CALLEJA

DESPUES DE LA BATALLA DE CALDERON.

Entre cortinas y flores
Y cohetes y repiques,
Al redoblar de los parches
Y al grito de los clarines,
Saludan Guadalajara
Calleja y los que le siguen.
Dominan cual vencedores
Los soberbios adalides;
Los hombres les gritan vivas,
Las bellas culto les rinden,
Y en la Catedral le espera
Sumiso el Cabildo insigne.
El *Te Deum* da á los vientos
Sus armonías sublimes,
Y besa el agua bendita
Las espadas de los tigres.

Entre los valientes jefes
 Que en las filas se distinguen,
 Se señala á Bustamante,
 A quien tanto amó Iturbide;
 Al gran Marqués de Vivanco,
 El del acero invencible;
 Al guapo Zenon Fernández,
 Despues famoso en las lides;
 Tambien á Máximo Garro,
 Que en Madrid fué á convertirse
 En azote de tiranos
 Y honra y gloria de los libres.
 Todos van marchando ufanos,
 Y Calleja los preside:
 Veloz se instala en Palacio,
 Supremo el mando reviste,
 Los ocultos perseguidos
 Se aparecen como buitres,
 Atizando las venganzas
 Y protegiendo desquites.
 Están de gorja las calles,
 El gozo no tiene límites,
 Cuando de nuevo se escuchan
 Los tambores y clarines,
 Y el tumulto de las gentes
 Entre ruidosos repiques.
 Es Cruz, que llega afanoso,
 Y que casi llega triste

De venir despues que triunfos
 Tropas realistas consiguen
 Sin concurso de sus fuerzas,
 Tan sedientas de batirse.
 Viste Cruz grande uniforme;
 Dos cuellos como tabiques
 Emparedan su garganta
 Y el ancho pescuezo oprimen.
 De las boscosas patillas,
 Rebeldes como las crines,
 Se destaca ancho bigote
 Que en dos curvas se divide.
 Ojo grande, angosta frente,
 Aire fiero, un tanto triste,
 De gavilan las maneras
 Y los instintos de buitre.
 Encerróse con Calleja
 Despues del regio convite,
 Y sin un punto de tregua
 Planes de guerra deciden.
 Cruz de San Blas toma el rumbo;
 Calleja al Virey escribe,
 Quien ébrio con la victoria,
 Y viendo que se derrite
 Como la nieve el amago
 En que creyó sumergirse,
 Derrama premios y honores,
 Hay festejos y festines,